

Inauguración Oficial

Semblanza de los Doctores Guillermo Arce - Ernesto Sánchez Villares

L. SÁNCHEZ GRAJEL

Componer la estampa humana y académica de Guillermo Arce y Ernesto Sánchez-Villares, dos profesionales médicos con obra clínica, docente y científica que debe aunarse en el elogio, es tarea que abordo desde el recuerdo como alumno de la cátedra de Pediatría de la Universidad de Salamanca en el primer año de vinculación a la misma del Profesor Arce y la fraterna amistad que me unió a Ernesto Sánchez-Villares desde el otoño de 1939 hasta la dolorosa fecha, aún reciente, de su fallecimiento.

Como docente, Guillermo Arce fue profesor con capacidad y preparación sobradas para deslumbrar, creo es este el calificativo justo, a promociones de alumnos de la Facultad salmantina en años en que en ella dominaba el provincianismo y la carencia de actualizadas orientaciones científicas y de medios bibliográficos, consecuencia del aislamiento que el drama de la contienda civil impuso en la Universidad española en la década de los años cuarenta, a las primeras promociones de escolares médicos de la postguerra.

En su talante como docente, Guillermo Arce ofrecía, a quienes éramos entonces sus discípulos, y recojo experiencia propia, imagen de una personalidad sobresaliente en lo académico a la que se sumaba difícil de identificar con la que era habitual en el ámbito universitario.

Mi condición de alumno del Profesor Arce, en el año que inició su actividad profesional en Salamanca, me otorga, creo, autoridad para valorar su quehacer universitario en sus vertientes, docente, clínica y de investigación. Atestigua la valía de aquella triple actividad suya el que los más capacitados miembros de la promoción que ingresó en la Facultad en 1939 descubriesen su vocación profesional en la cátedra de Pediatría y que aquel grupo de futuros médicos compusieran posteriormente la escuela que más decisivamente

influyó en el desarrollo de la Pediatría española en la etapa, pasado inmediato de nuestro presente, de esplendor de la especialidad. Si hay que encarnar en un nombre aquella generación de pediatras, todos discípulos del Profesor Arce, pienso estaremos de acuerdo en mencionar el nombre de Ernesto Sánchez-Villares.

Personalmente creo que la mejor lección académica de Guillermo Arce no la ofrece su aportación al saber pediátrico y a su nuevo modo de ejercer el cometido clínico ante la enfermedad infantil, con ser aquella actividad docente y clínica trascendental, pues yo la sitúo en la ejemplaridad con que siguió cumpliendo su cometido universitario en la dura prueba a que le sometió dolencia que sabía era mortal, con cruel limitación en la actividad cotidiana, hasta fecha muy próxima al término de su vida.

Mi recuerdo del Profesor Arce se concreta en el profesor con vida atenazada por una irreversible decadencia física, que buscaba voluntarioso mantener el diario cumplimiento de obligaciones docentes negándose a sucumbir al cerco que en su vida le imponía una enfermedad que carecía de curación. En fecha posterior, Ernesto Sánchez-Villares sería protagonista de un comportamiento, profesional y académico, que a cuantos le conocimos y tratamos nos recordaba el de su maestro.

La semblanza del Profesor Arce la he trazado desde mi recuerdo como alumno de su cátedra. De Ernesto Sánchez-Villares sólo puedo hablar con la vivencia, imborrable, de una amistad que los años fortalecieron.

Fue Ernesto el más importante discípulo de Guillermo Arce en aquella primera promoción de sus alumnos en Salamanca; su magisterio despertó y alimentó en Ernesto una vocación a la que fue fiel y que afianzaría en un ejercicio profesional y académico en el que logró indiscutido pres-

tigio. Fue docente que convirtió la cátedra de que fue titular y el servicio clínico, hospitalario, primero en Salamanca, posteriormente en Valladolid, en centro formador de especialistas que iban a integrar Escuela a la que debe la Pediatría española, en buena medida, su prestigio actual.

Con medios muy limitados, Ernesto Sánchez-Villares inició en la cátedra salmantina una labor de capacitación profesional especializada y de investigación clínica que fue asombro de prestigiadas figuras de la Pediatría europea e hispanoamericana que visitaron aquel servicio hospitalario. Ya en Valladolid, con más generosos medios, su clínica de Pediatría atendió a la iniciación y consolidación de distintas especialidades pediátricas en las que orientó a sus mejores colaboradores.

Mi condición de historiador me permite descubrir en este doble recuerdo de los Profesores Arce y Sánchez-Villares la importancia de su contribución al desarrollo de la Pediatría nacional en esta segunda mitad del siglo.

Cuando compuse la Historia de la Pediatría Española, fué Ernesto quien me facilitó la información que precisaba para rehacer el periodo contemporáneo de la especialidad y aquel conocimiento me depara soporte interpretativo válido para enjuiciar la labor cumplida por Ernesto Sánchez-Villares y su maestro el Profesor Arce.

El conocimiento que Ernesto poseía de la evolución del saber pediátrico lo ratificó al redactar el capítulo de la Pediatría contemporánea, cometido que le encomendó el Consejo editorial de la Historia Universal de la Medicina.

Con criterio de historiador yo situaría al Profesor Arce en la etapa, crucial, de asentamiento científico y profesional de la Pediatría española, y al Profesor Sánchez-Villares en la siguiente etapa, igualmente decisiva, cuando se inicia la diferenciación de orientaciones clínicas conducentes a la actual presencia de especialidades pediátricas como una Medicina General a la que individualiza, en el ejercicio profesional, la edad biológica de sus pacientes.